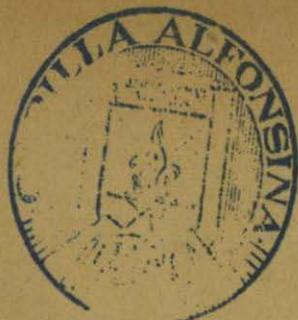


853  
A.



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

PQ 4683  
A3  
C3  
V.2  
1910

ES PROPIEDAD DE LA  
CASA EDITORIAL MAUCCI  
DE BARCELONA

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Compuesto en máquina TYPOGRAPH.—Barcelona.

# LA CARROZZA DI TUTTI

(UNA NOVELA EN TRANVÍA)

## CAPITULO VII

Julio.

Calores, languidez, exámenes: sopla el terror del cinco y del cero, hasta en las jardineras. El tranvía es como una gaceta vocal y andante, que expresa todos los acontecimientos políticos y todas las pasiones predominantes en el espíritu público. Desde hace una semana, en todas las líneas hay multitud de pasajeros de diversas condiciones que hablan únicamente de colegios, de cátedras, y que demuestran temor y esperanza, que temen dificultades y peligros, y en todos los carruajes se oyen explicaciones de las madres que hablan de «preferencias», de «injusticias» y «recomendaciones», de «presiones», como si tuviesen á sus hijos bajo el peso de un proceso. En el tranvía que pasa por delante de una escuela, al medio día, suben muchachos y jovencitos con los cabellos desordenados, con el rostro encendido y las manos sucias de tinta, quienes hablan con la voz excitada de los soldados que cuentan las hazañas que han llevado á cabo en la guerra. Se nota

en la voz, en el gesto, en los ademanes de algunos, la intención de hacerse escuchar, y las complacencias de la vida intelectual que lleva; se vé en los ojos de otros como un rayo de esperanza lejana y de gloria, como una visión de altos empleos sociales y de riquezas conquistadas por medio del genio.

—¡Ay!—pensé,—¡cuántos de esos muchachos, después de haber pasado por los sustos de otros cien exámenes, de haber terminado y abandonado multitud de profesiones y de estudios, tendrían por una fortuna poder refugiarse en uno de estos carruajes, con el talonario de los billetes en la mano y el cuerpo colgado del cuello! Ya quisiera yo que hubiesen pasado estos días de terror de la instrucción pública, porque las palabras y conversaciones que á cada paso oigo, me hacen pensar en las millares de palabras descompuestas, de corazones agitados, de amargos desengaños paternales, de violentas escenas domésticas y hasta de suicidios miserables de adolescentes.

Y al oír las alusiones que hacen á las materias de los exámenes, me pregunto con tristeza cuánto tiempo deberá pasar todavía antes de que se tenga el noble valor de acometer una simplificación en los estudios, los cuales no hagan de una cosa sana y agradable una especie de tormento y castigo como es ahora; pienso con dolor que pasará mucho tiempo antes de que hayan mejorado las condiciones del trabajo mecánico, y que el dedicarse á él, no sea, como ahora lo es á veces, una degradación y una vergüenza: Pero me distrajo y alegró un caso que por fortuna no es raro. Me encontré en una jardinera con un profesor del Liceo, el cual, después de decirme que de la plétora intelectual nacerá en siglos posteriores una nueva enfermedad, que volverá estúpida á una generación entera, calló por un mo-

mento, aguzando el oído, porque dos señoras que estaban cerca de nosotros, siguiendo la conversación que sostenían, le habían nombrado. Son peligrosos los coches públicos en estos días para los profesores. Escuché yo también.

—El gran escollo es éste—dice la señora más joven, suspirando.

Y repitió el nombre del profesor.

—El año anterior esperaba librarme de él; pero tenía la protección del ministro, según dicen, y no se movió; basta mirarle á la cara: es un verdadero perro.

\*  
\* \*

Con el mes de Julio y con la apertura del *Circo* y del *Teatro Turinés*, ante los cuales pasa la línea de las afueras, tuve una nueva diversión que encuentro descrita entre mis apuntes. Me gustaba recorrer aquella línea al anochecer de los domingos, á la hora en que terminan las representaciones diurnas. En la desembocadura de la calle Van-chiglia y luego al pasar frente al *Circo* y al teatro, suben tres hornadas de pasajeros que sostienen en el tranvía tres órdenes distintos de discursos diversos en cuanto á argumentos, entonación y mímica, discordantes para los ojos como para los oídos. La primera hornada es toda de hombres que salen del Frontón y que continúan comentando los incidentes de los partidos jugados,

repitiendo cien veces las mismas palabras: quince, cuarenta, fallo diviendo, bolea, saque, resar, imitando los golpes con gestos impetuosos y exclamaciones admirativas en que se advierte un soplo, si no de fuerza, de lucha, de juventud y empuje. Delante del *Circo*, donde se representan operetas, suben jóvenes con el rostro encendido que comentan con risas y palabras los gestos de los cómicos, los equívocos que han oído, esparciendo á su alrededor un soplo de sensualidad silenciosa que parece despertar en los rostros de las jóvenes una sonrisa lúbrica, y pensamientos pecaminosos. Un poco más allá sale del teatro una porción de gente con los ojos enrojecidos, y conmovida por el desenlace del drama, exclamando todos á la vez:

—¡Es una hermosa obra! ¡Es muy triste! ¿Han visto cómo ha muerto? Ha tenido el fin que merece. ¡Pobre muchacha! ¡Qué cosas suceden!

Y se advierte en sus discursos la ira contra el malvado y la piedad por el inocente oprimido, la alegría de la virtud triunfante, una emoción buena, sincera, profunda; que hace pensar en una gran fuerza, desconocida de muchos, y que todavía se pueden aprovechar para el triunfo del bien, las ideas recogidas en el teatro popular. De una parte á otra de la jardinera, juego, música, drama, nombres de autores y actores, imitación de pistoletazos, boleas, *ritornello*, relatos de muerte y amores, todo se confunde en los oídos como una sola conversación extraña, antitética, burlesca, triste como la vida, imagen de la vida también; á cada uno de los grupos parece ligero, estúpido ú ocioso el argumento de los otros, y hasta el accidente más fútil, como la aparición de un sombrero extravagante ó los traspies de un borracho que pasa, hace que todas las conversaciones se interrumpan en una exclamación

prolongada de estupor que revela el fondo infantil de todos.

\*  
\* \*

Lluvias, huracanes; el mundo que parece que se desencadene, un verano digno del invierno de Abba Garima. Pero debo á los carruajes cerrados el haberme encontrado en una de las coyunturas más curiosas que pueden ocurrir á un pasajero del tranvía. Después de muchos días sin haberle visto, encontré en la línea de la calle Garibaldi al capitán de infantería y á la mujer hipotética del empleado en Correos. A la primera ojeada me pareció que no eran más audaces que la otra vez y que la pasión iba aquietándose un poco, como si les hubiese vuelto á la prudencia de los primeros días. Estaban sentados dentro, entre varias otras personas, de las cuales recuerdo un jovencito que llevaba en la corbata un alfiler de porcelana en el que se leía perfectamente el siguiente letrero: «Busco mujer»; pero éste y otros pasajeros bajaron al poco rato, y al llegar á la plaza del Castillo nos quedamos los tres solos. Vi entonces en los ojos de ambos, que estaban sentados uno frente á otro, lucir un rayo

de esperanza. Sin duda tenían que decirse algo importante antes de apearse del tranvía, como hacían siempre, como dos personas que no se conocieran, y esperaban que yo bajase en la calle del Po. Yo debía hacer todavía un largo trayecto, además de que me tentaba la curiosidad y no me quería mover. Advertí que estaban impacientes. Encontré una mirada de él, que me dijo:

—¡Si supiese usted qué gusto me daría si bajara!

—¿Y usted cree que yo no lo comprendo?—le dije para mí.—Pero debo contenerme por razón de estudio: usted tiene sus amores, yo tengo mi libro.

El tiempo pasaba. Sorprendí una mirada de la señora, que me decía:

—Váyase usted de una vez.

Pero tan claramente, que me ofendió, y la contesté con los ojos:

—No; no es de esa manera como se hacen las cosas; pídamelo usted con mejores modos y quizá la complazca.

Cambiáronse entonces una mirada que podía traducirse así:

—¡Qué importuno! ¡Qué testarudo!

La mano del militar acariciaba el puño del sable; la de ella la anilla de la sombrilla; ambos estaban nerviosos é impacientes.

En un momento dado miróme de tal manera el capitán, que parecía que me daba una puñalada, pero corrigió en seguida el efecto del acto brutal mirándome entonces de un modo ansioso, casi humilde, como diciendo:

—Se lo ruego; hágame el favor; no nos quedan sino unos minutos; se lo suplico.

Iba ya á levantarme, cuando de improviso sonó la campanilla. Paró el tranvía y subió á él una familia, y entonces me fulminaron ambos á dos

una mirada que me pareció sentir que penetraban en mis carnes las puntas de la sombrilla y del sable, y me apresuré á bajar recordando esta escena que me costó un remordimiento. No me había engañado ciertamente: el amor que sentían aquellos dos seres debía irse extinguiendo, y me decía el corazón que algún día le vería en el mismo carruaje del tranvía, transportado como en un carro fúnebre, muerto de consunción.

\*  
\* \*

Siguió un tiempo loco, con chubascos violentos, seguidos de oleadas de sol repentinas, durante las cuales hice un descubrimiento que me permitía gozar en el tranvía de un nuevo espectáculo artístico. Obligado á estar siempre dentro del tranvía, descubrí la aparición bellísima del sol en aquellas circunstancias, dando cierta perspectiva á la ciudad, vista por los marcos de las portezuelas de los carruajes, como una cornisa oscura haciendo el oficio que hace la mano cuando se pone delante de los ojos para mirar mejor un cuadro. ¡Cuánta pequeña maravilla! Desde la calle Garibaldi, sumida en la sombra, veo un trozo de la fachada del Palacio Madama, teniendo delante

el monumento de Vela, pequeño como una figurita de alabastro, blanco como la nieve, luminoso y viviente en aquel fondo obscuro como si resplandeciese con luz propia y tuviese el consuelo de su gloria. En la calle del Palacio de la Ciudad, veo el grupo violento del *Conde Verde* y de los *Sarracenos*, y las estatuas más lejanas del príncipe Eugenio y de Manuel Filiberto; un cuadro un poco teatral, pero vivísimo, del viejo Turín, austero y belicoso. Veo en la calle de Roma, como dentro de una ventana, la alta figura empennachada del vencedor de San Quintín, que se destaca sobre fondo negro en las lejanas fachadas del arco de la Estación, transparente y riente como la puerta monumental de un jardín maravilloso. En la calle del Po, admiro, por un lado, una puerta de la *Gran Mare di Dio* iluminada por el sol que se pone, destacándose sobre el verde obscuro de la colina como un bloque desmesurado de mármol róseo, y por otra parte la cara posterior del castillo rudo y tétrico en el acto en que sale y pasa por el puente una procesión de «Hijas verdes» con velos blancos, un cuadro medioeval misterioso y severo, al que no faltan más que dos alabarderos con coraza. Recuerdo otros innumerables cuadros altos y estrechos que presentan lejanías pomposas de calles rectas y larguísimas, cuadros llenos de vida y de color, en los que se destacan el azul del cielo y el blanco de los Alpes, sobre los cuales se destacó vigorosamente la espalda enorme de un pasajero que va sobre la plataforma; cuadro sencillo y profundo en el que brilla un reflejo argentado de la luna, y sobre la luna una estrella. En el curso de un solo trayecto, á medida que cambiaba el tiempo, todas estas vistas se alejaban y volvían á resurgir, y en tanto que el cuadro de delante, en el que se dibujaba la cabeza del co-

chero, se llenó de luz, el cuadro de detrás, sobre el que se destacaba la cabeza del cobrador, se obscurecía hasta el punto que por un lado parecía verse aparecer la mañana y por el otro la noche; y á veces por una y otra parte, á derecha é izquierda, por detrás y por delante, se confundía todo en un solo color gris regado por la lluvia oblicua, detrás de la cual desaparecían las casas, las colinas, los Alpes, el cielo y las dos pequeñas puertas del tranvía no eran sino los marcos de dos paisajes confusos que representaban el tedio y el mal humor.

\*  
\* \*

Y agua y rayos é ira del cielo. Los ancianos huían á cada momento para refugiarse en los tranvías cerrados, donde tosiendo y murmurando, echaban de menos los tiempos de su juventud, afirmando que las estaciones estaban cambiadas y que ocurrían cosas que nunca habían visto. En ellos pude examinar los efectos lamentables de estas imprevistas mutaciones atmosféricas, que agravan el peso de los años, conmueven los nervios, exacerbaban los achaques y descoloran de repente el mundo y la vida, al mismo tiempo que

los rostros de las criaturas humanas. Coches atestados de gente de mal humor, tranvías que parecen salas de espera de médicos afamados, con rostros de viejos achacosos, en que se advierte aquella seriedad inmóvil, que parece observar los movimientos irregulares de la máquina interna y descompuesta, amenazando siempre alguna sorpresa dolorosa. ¡Cuán variado encontré á mi buen veterano de la calle de Garibaldi! Le vi en la parte delantera de un carruaje de la línea de Vinzaglio. Noté en su frente una arruga vertical profunda.

—¿Cómo está usted?—le dije.

Y me contestó con voz ronca:

—Nada bien, nada bien. ¿Cómo quiere usted que esté? Ya no hay estaciones. El mundo va cambiando rápidamente... y luego... tengo setenta y ocho años.

Pero no citó ya la cifra con tono de orgullo; parece que recortó las palabras como si le pesaran y no pudieran salir de sus labios. Y cuanto le resta de vida, lo dedica al cuidado de su perrillo, que, como siempre, trota al lado del tranvía, y á quien hace señas con la mano para que se aparte, pues ya sabe que quiere que siempre camine por el lado de la acera para evitar el peligro, y para que él pueda verle. Y parece que con el sentimiento de la propia decadencia física, crezca en él, el amor hacia el propio animalito, su único amigo, al que después de tantos años de filial compañía, habrá dejado de dejar solo en el mundo, para morir quizá de una muerte atroz, después de muchos meses de vida errante, famélica y amargada por persecuciones crueles. Huyen entretanto aquí y allí, bajo la lluvia deshecha, los árboles frondosos de los caminos, huyen las columnas esbeltas de los nuevos pórticos, aparecen y desaparecen las embocaduras de

las grandes calles, y sobre cada cosa que pasa, deja correr el pobre viejo su mirada velada por una expresión de tristeza, como si pensara que aquélla era una de las últimas veces que gozara de tal espectáculo, y como si su espíritu se despidiera aquel día de su querido y hermoso Turín.

—¡Ah, sí, hermoso, y cuán hermoso!—parece que digan sus ojos,—hermoso hasta con este tiempo; hermoso hasta cuando parece tan gris y melancólico, hasta mojado de esta manera y fangoso como mi pobre perro...

\*  
\* \*

Una hermosa escena, una bella jornada, y finalmente, un ejemplo novísimo de la potencia del feminismo eterno, que no puede admirarse sino en la *Carrozza di tutti*.

Una hermosa muchacha morena, exuberante de vida, con unas flores rojas en el sombrero, con un soberbio vestido negro, luciente de perlas negras, que hacía resaltar su busto esbelto y opulento; está sentada en el extremo de un banco de la jardinera, teniendo una pierna sobre la otra y un pie en el aire, lo cual casa perfectamente

con el rostro lleno de coquetería y bondad. La jardinera va por la carrera de la Reina Margarita, donde debe acortar un poco la marcha y pararse al cabo, porque se encuentra con un regimiento de infantería que viene de cuatro en fondo, la primera fila del cual pasa por la siniestra rasando el estribo por la parte donde está sentada aquella hermosa muchacha. Los primeros músicos del regimiento, sin darse cuenta de ello, vuelven sus ojos hacia aquel rostro moreno que sonríe bajo las flores rojas. Desde la música parece que la chispa recorre lentamente por toda la columna, y todos los kepis se vuelven, todos los ojos se avivan, todas las bocas se mueven, en el rostro de unos nace una sonrisa, de la boca de otros se escapa una palabra, muchos se vuelven casi del todo, parece que pierden el paso; hay quien dá con el codo á su vecino, y hay quien alarga la cabeza para ver más de cerca el piecicito y la cara. A diez pasos de distancia el efecto de aquella belleza es visible: oficiales, soldados, cabos, sargentos, cabezas rubias del septentrión y cabezas morenas del mediodía, rostros barbudos é imberbes de piamonteses, napolitanos, sicilianos, que vuelven el rostro hacia el mismo sitio, como si desfilaran ante un general de ejército y expresando con la mirada el mismo sentimiento con una regularidad tan perfecta, que acabó por despertar la alegría de todos los pasajeros del tranvía y de la misma muchacha, la cual sonreía con amabilidad á todo el regimiento como una soberana contenta. ¡Oh, eterno feminismo! Y pensar que la gran fuerza del Estado se halla formada por cien columnas como aquella, cada una de las cuales, pasando ante aquel rostro, harían como hacía aquella; ¡que aquella criatura morena produciría una sacudida eléctrica á todo el ejército nacional, si todo el ejército desfilase ante

ella de aquel modo! ¡Qué cosa tan rara es la visión de un gran ejército contemplando desde lo alto de un tranvía cuando sale fuera de éste el piecicito de una hermosa muchacha!

\*  
\* \*

Más lluvia y viento y truenos, y cocheros que tienen el rostro mojado por los aguaceros, los caballos relinchando, los cristales de los carruajes goteando, las señoras suben con los vestidos recogidos y lanzan al entrar miradas furiosas á los paraguas y sombrillas de las otras.

La cortesía acostumbrada se resiente de aquel mal tiempo, que hace que las personas más corteses y los rostros más simpáticos, aparezcan con una luz poco favorable. No; no son buenos días estos para buscar mujer en el tranvía; no se ven sino señoritas que expresan el fastidio que les produce aquel estado de cielo: mi buen pintor, si todavía no ha encontrado lo que busca, pierde miserablemente las horas. En eso pensé al verle subir en la calle Madama Cristina; y más que por su rostro, adiviné que estaba furioso por el movimiento insólito en él, con que cerró el pa-

*Carrozza di tutti.*—Tomo II—2

raguas, que se resistía. En su ancha cara de buen muchacho, noté una sombra de melancolía mucho más profunda que cuando le vi la última vez, y bajo esa sombra, otra que parece producida por una irritación habitual. Le pregunto si ha encontrado lo que buscaba: se encoge de hombros con un movimiento de niño, sonríe de un modo forzado y empieza á vomitar injurias contra el tiempo. Pero creo que debe ser otra la causa de su mal humor; lo conozco porque en un momento dado se le escapan algunas palabras, con terrible violencia, contra la falta de sentimientos de las muchachas turinesas.

—Témpanos de hielo—dijo,—almas frías é insensibles, pompas de jabón que se deshacen en el aire; así son las gracias de las mujeres.

—De fijo que se trata de alguna muchacha—pensé entre mí.

—Para ellas—continuó,—todo se reduce á hermostearse, pero debajo de su continente reposado y serio y de su belleza, no se encuentra sino la virtud de las estatuas. Falta la materia combustible. Angeles de alabastro, estatuas de nieve.

Ha dicho bien Alfieri: «La dove Itala boreal diventa.» Parecen hijas del Boreas.

Yo procuré alentarle paternalmente. ¡Qué diablo! Si un hombre como él, que era joven, hermoso, artista y de una salud de hierro no causaba efecto entre las muchachas, ¿quién podría causarle?

—¡Artista!—exclamó.—No están aquí para artistas; si fuera un sabio quizá...

Y luego empezaba á fastidiarse en la ciudad; todo le fastidiaba: aquel girar y regirar por el mismo sitio. A diario le asaltaba la idea de hacer que parecían tener cierto aire de familia; que un viaje alrededor del mundo. No tenía plan de

terminado; le gustaría también ir de ciudad en ciudad hasta el último punto de Sicilia.

—Fíjese un poco en estas casas y en estas calles, y verá cómo llega á hacerse odioso tanto ángulo recto y tanta homogeneidad. Pues la gente es lo mismo que las calles.

¿No le parece á usted que todas las personas están cortadas por un mismo patrón? ¿Que no? Observe usted cómo todas las señoras adoptan el mismo gesto y ponen todas la misma cara.

Continuó hablando y me dijo que desde hacía algún tiempo veía en todos los carruajes gentes todos los jóvenes le parecían empleados, que todos los viejos se le antojaban sargentos licenciados, y que las señoritas parecíanle institutrices de colegio, medidas todas con el mismo rasero.

—No es usted razonable—observé.—Hay, sin embargo, entre todas esas, guapas muchachas...

—En cuanto á eso, sí.

Después calló un momento, y luego, sin querer hacerlo, explicó su pensamiento.

—Sí, hay algunas verdaderamente hermosas... figuras rafaélicas... ciertos rostros blancos con ojos azules... de pureza y gracia... Pero les falta vida, animación. Más tiene una siciliana en el dedo meñique, que diez de éstas, de pies á cabeza...

«Quisiera un corazón

Dentro de aquel blanco seno...»

Calló un momento y repuso bruscamente:

—Mire, ya veo rostros antipáticos,—y llamó mi atención hacia los pasajeros.—Me parece cuando miro á toda esa gente, que veo un pequeño museo de figuras de cera; quizá sea un efecto del tiempo, pero de todos modos... ninguna de estas personas me gusta.

Y un momento después, cuando tenía el pie en el estribo, añadió sonriendo con acento de tristeza:

— ¡De buena gana vendería el alma por cinco céntimos!

Ya le han cogido—pensé; sin duda alguna está enamorado de una muchacha blanca, de una muchacha rubia, con ojos azules. Un día ú otro subiré en el tranvía en que vayan los dos.

\* \*

¿Fué el pintor quien me contaminó? ¿Fué el mal tiempo? ¿Fué efecto de mi salud delicada? Durante algunos días sentí yo también el tedio y el malhumor que se exacerbó de un modo extraordinario en el tranvía, donde los rostros antipáticos que por la calle no se ven sino de paso, durante mucho rato están ante vuestros ojos y os veis obligados á mirarlos. ¿Por qué antipáticos? No puede ser sino porque aquellas máscaras son para nosotros las de enemigos hipotéticos, rostros á través de los cuales vemos opiniones, pasiones, gestos y costumbres opuestas á las nuestras, seres, en fin, entre los cuales, y nosotros si tuviéramos trato, no podría haber ni afecto, ni estimación, ni acuerdo alguno. ¡Cuántos vi durante aque-

llos días, cuántos recuerdos aún! ¿Y á quién no pasa lo mismo? Son personas desconocidas, con las cuales, cada vez que se encuentran, cambiamos una mirada malévola ó indiferente, ó bien hacemos un esfuerzo para no verlas; gentes de las cuales las miradas, la voz, el gesto, todo os molesta, y os produce un sentimiento desagradable como el de una espina entre los dientes. Desdichadas criaturas de las cuales el modo de andar, el de hacer parar el tranvía, el de subir, el de sentarse, el de pagar, el ponerse el billete en el sombrero, todo resulta desagradable como si expresamente hubiesen sido educadas para fastidiar al prójimo. Cuando de improviso las vemos á nuestro lado, sentimos una sacudida violenta y un sentimiento de sugestión al mismo tiempo, como si bajo su mirada se tradujera nuestro pensamiento, y pudieran medir la pequeñez de nuestra alma con el poder superior que ejercen sobre nosotros. Aquella promiscuidad del tranvía no es más odiosa que un intruso en nuestra casa, y es para nosotros una verdadera alegría cuando bajan. ¡Cuántos hay, y de qué manera pululan ante nuestras miradas, durante los días de mal humor! Parece que os persiguen y que se han dado la consigna de no dejaros en paz. No recuerdo á punto fijo cuánto duró aquel período, pero me parece que bastante; durante él, vi á cuantos seres antipáticos había conocido años atrás. Hice trayectos calamitosos, durante los cuales cinco ó seis por lo menos sucesivamente, de esos pasajeros antipáticos me pisaron al subir ó bajar me tocaron con sus paraguas ó sombrillas, me hicieron respirar su hálito asqueroso, gritaron junto á mi oído el «¡páre!» desentonado, me hicieron oír discursos estúpidos, vanidosos y pedantescos, me atormentaron con sus miradas insistentes, con las cuales parecían decirme:

—Hemos subido á propósito, por ti, y gastamos con placer diez céntimos para hacerte sufrir.

—¡Qué rabia y qué vergüenza! Verdaderamente, son aquellos tormentos vergonzosos, antipáticos, innobles, miserables, miserias del alma á las que no basta un acto de voluntad para hacerlas desaparecer como debieran.

\*  
\* \*

Una conmoción profunda de piedad me asaltó durante el curso de esos días malignos. En una jardinera de la calle de Garibaldi, en uno de los primeros bancos, estaba sentado un soldado con el uniforme de Africa: un pequeño *pistolo* macilento, que parecía no advertir que le miraba todo el mundo, y que á las preguntas con que le importunaban algunos curiosos, contestaba con monosílabos y con el acento de una persona cansada, mirando aquí y allá, como si buscara alguna cosa por el aire, con la mirada difusa y vaga, propia de los que han escapado de un desastre. Sentí una sacudida eléctrica cuando volviéndome hacia atrás vi de pie, junto al último banco, con el saco de costumbre, á la viejecita de Pozzo de Strada, inmóvil con toda el alma bri-

llándola en los ojos, fijos en el kepis de aquel joven, con la expresión atónita y profunda del hipnotizado atento sólo al objeto que le fascina. Ciertamente, aquella pobre mujer se hallaba aún entre la desesperación y la esperanza, y la vista de aquel uniforme hacía sentir en su alma más vivos esos dos sentimientos, con toda la violencia que pueden tener cuando van á ser satisfechos en uno ú otro sentido. ¡Quién podrá saber jamás lo que pensaba, lo que veía en aquel momento en el rostro del soldado! Parecía que al contemplar aquel muchacho, resurgiese del centro de la calle el espectro de su hijo, que la decía:

—Madre, estoy vivo. Madre, socórreme.

O: «Madre mía, me muero. Ya he muerto; ¡adiós, madre, para siempre!

La vista de aquel joven, ¿le causaba una esperanza sin límites ó una desesperación horrible? podía comprenderse, sin embargo, mirando aquel rostro arrugado de vieja aldeana, cansado de sufrir, mirando aquí y allá con ojos inmóviles, dilatados, secos, que parecían fijos en un punto solo del joven, como en otros que la mirasen fijos, como si no debiera moverse nunca de allí, fijos como si el trayecto no debiese acabar nunca.

Y me pregunté por qué apenas le hubo visto no fué á interrogarle con aquella ingénuo ilusión de las madres inocentes, que piden á los desconocidos llegados de América noticias de su hijo emigrado. Pensé que quizá esperaba que el tranvía parara para interrogarle al lado suyo; pero el tranvía paró y no se movió la anciana. ¿Fué timidez? ¿La detuvo el terror terrible de saber la verdad? Bajó como siempre en el cruce de la calle Veinte de Septiembre, y apenas puso el pie en el suelo, echóse el saco á la espalda, volvió la cabeza atrás para mirar al soldado que se alejaba, y luego siguió adelante para ganarse el pan,

inclinada bajo el peso del saco y bajo el peso del dolor.

\*  
• •

Llueve de nuevo y vuelvo á tener que dar la nota de los carruajes cerrados, pero amenizada por una «escena interior» amenísima. Había en mitad de la vía una señora elegante y de pocas carnes, una de esas mujeres que están ya en los límites de la vejez, pero que quieren conservar por lo que se ve, las gracias de la juventud. Evidentemente la fastidia la vecindad de una hermosa joven rubia, regordeta, que la ha ofuscado con el esplendor de su rostro y de su belleza, á la que dirige miradas furibundas, como si la quisiera atravesar el pecho. En un ángulo un niño rosado y precioso está sentado sobre las rodillas de su madre, la cual parece no sentir el codo ni las rodillas audaces de un sátiro, un viejo con anteojos de oro, que parece que se derrite á su contacto.—«Envidia, gula y lujuria»—me dice al oído aquel diablo de «Schopenhauer», á quien nada escapa, un amigo de primera fuerza, pero hombre galante que no tiene otro defecto que su filosofía, si no fuese, á pesar de esto, inflamable co-

mo una cerilla. El tranvía se paró á fin de aguardar la barriga de un buen señor que viene desde lejos á paso de tortuga, como si durmiese caminando, y mi amigo exclamó:

—¡Esto es burlarse del mundo!

Y después dice el cobrador:

—¿Es que debemos esperar eternamente la llegada de ese paquidermo? Vamos, adelante, sino no llegaremos nunca.

—«Impaciencia é ira»—le digo yo señalándole al pecho con el dedo; y mi amigo se sonríe amargamente. Sube finalmente el paquidermo, se sienta y marcha el tranvía. Pero he aquí que después de haber pagado el billete el nuevo pasajero, deja caer del portamonedas una pieza de cinco céntimos que rueda entre los pies de los demás. Se inclina el cobrador, se incomodan todos los pasajeros, la moneda no se encuentra y se obstina en buscarla, y azorado como si hubiese perdido un diamante.

—He ahí—dice alegremente el «Schopenhauer», —la «avaricia».

Pero su atención la solicita en aquel momento una anciana señora que ha entrado hace poco rato por la otra parte; la cual, en el momento de pagar advierte casi con espanto, que no lleva el portamonedas.

—Permitame que pague por usted, señora—la dice cortésmente un caballero que está á su lado.

—¿A quién deberé pagar estos diez céntimos?—pregunta ella con aire de desconfianza.

—Puede usted dárselos á un pobre—contesta el pasajero.

La buena señora se queda un momento pensativa... ¿Qué demonio iría pensando aquel cerebro de cucaracha? Toma un aire de gran importancia como si la hubiesen ofendido, tira del cordón

de la campanilla, pára el tranvía y baja rápidamente.

—Y «soberbia»—exclama mi amigo sonriendo.

Todos los siete pecados capitales en un solo trayecto. Estamos buenos ya para un nuevo diluvio. ¡Este resulta un mundo imposible!

\*  
\* \*

Verdaderamente es extraño un mundo en el que pueden hacerse descubrimientos como el que hicimos un día en la línea de la Carrera de Casale, yo y un amigo mío, Emiliano, crítico literario, é inteligente, coleccionador activísimo de «documentos humanos». En el momento de tomar el billete, observó, y me hizo observar, la mano aristocrática del conductor, pequeña y blanca, con los dedos muy finos, á la cual correspondía más en la expresión que en las líneas, su rostro pálido y rodeado con una barba de color castaño y muy fina. De repente, el cobrador cambió con el revisor algunas palabras en italiano, pero con aire emiliano, en el cual mi amigo reconoció la pronunciación particular de la clase noble de su región. Observamos su rostro, era singularmente cortés, pero algo tímido como si fuera nuevo en

el oficio, al cual, sin embargo, parecía querer adaptarse de todas veras

—He aquí un misterio—exclamó el profesor investigador eterno de hombres y cosas,

Y apenas el cobrador se alejó un poco de nosotros, preguntó al revisor una cosa que no oí. Aquél, que parecía un sacerdote, alto y enjuto, con la voz y el gesto rudos, sonrió y le dió una respuesta que tampoco pude oír.

Mi amigo se estremeció: el cobrador era un conde, uno de los más nobles y más ilustres de una ciudad antigua, y descendiente además, por su madre, de un poeta famoso.

Excitados por la curiosidad, preguntamos al revisor si sabía lo que había hecho que aquel pobre hombre quedara reducido á una condición tan especial. No lo sabía, pero le conocía desde hacía varios meses. Dijo que tenía una gran fuerza de voluntad y que era muy bueno. Desde los primeros días le había dicho el revisor:

—Mire que este oficio no es propio para usted; verá cómo será imposible que lo ejerza usted.

Pero el conde le contestó con firmeza:

—Ya verá usted cómo me adaptaré á él, lo mismo que los otros.

Y efectivamente, había cumplido su palabra.

Nos dijo el interventor que continuamente le hacía recomendaciones de que no usara con el público de un exceso de delicadeza, porque no valía la pena; que si alguno le preguntaba con malos modos, le contestara con sequedad, si quería que le respetaran, puesto que tratar á los villanos con guante, hace que se ensoberbezcan más y tengan todavía más altivez.

Pero no podía conseguir su objeto. El cobrador no podía deshacerse de su educación y de su finura habitual... ¡Y así va el mundo! Los pasa-

jeros, por regla general, le trataban peor que á los otros.

En tanto que hablaba el revisor, el cobrador iba tomando, con sus manos patricias, los diez céntimos de las señoras, de las mujeres del pueblo, de los obreros, ninguno de los cuales podía imaginar la sangre purísima que corría por las venas de aquel hombre, que les entregaba el billete con tanto respeto. Yo le miraba, y pensando en tantos otros que se levantan la tapa de los sesos, al primer revés de la fortuna, sentí una simpatía y admiración más vivas, porque soportaba la mala suerte con ánimo sereno y con gran valor, ganándose el pan con un trabajo honesto y mostrándose verdaderamente noble de espíritu, como lo era por su sangre. Cuando estuvo de nuevo cerca de nosotros, entregó un billete á una graciosa muchacha que iba con la cabeza descubierta, subida en aquel momento en la plataforma con un gran paquete de panes bajo el brazo, la cual mostróse complacida del acto y de la sonrisa cortés con que se la tomaban sus diez céntimos, y la dió las gracias inclinándose ligeramente.

El profesor preguntó á la muchacha:

—¿Quiere usted convertirse en condesa?

Ella le miró asombrada.

—Sí—afirmó mi amigo;—no tiene que hacer sino enamorar á este cobrador, que es un conde.

La muchacha soltó una gran carcajada, y luego, dando con el pie á una canasta que contenía el almuerzo del cobrador, dijo:

—Los condes no comen aquí dentro.

Nosotros confirmamos lo que habíamos dicho, y ella continuó riendo, pero empezando ya á dudar, miró al joven que estaba dentro del carruaje, con viva curiosidad, que poco á poco fué convirtiéndose en una gran seriedad, como si naciera dentro de su pecho un sentimiento de compasión.

Entonces, para disimular este sentimiento, volvió á sonreír, pero volvió á ponerse seria, y después de soltar un «¡Bah!» entre sus labios casi cerrados, expresó su pensamiento con ese refrán filosófico:

—«¡El mundo es una escuela!»

\*  
\* \*

Es, en verdad, un extraño mundo el nuestro, y se advierte mucho más en estos días en que, persistiendo la lluvia y no teniendo nada que hacer, se observa todo lo que pasa en las grandes calles de la ciudad, á través de los cristales del coche. Es la linterna mágica de la vía pública, la más curiosa fuga de las más extrañas imágenes que puede crear la mente de un fabricante. Hay aquí una mujer medio desnuda, pintada con colores chillones, que os ofrece una botella de un licor milagroso, y que de repente cede el puesto á un anuncio de una conferencia agraria, al cual sucede un aviso del alcalde para dejar paso al cartelón anunciador de «La Hija de madama Angot», y el fondo oscuro de una iglesia, en el momento en que un grupo de devotos, saliendo, levantan las cortinas de las puertas. El tranvía va corrien-

do. Y en tanto que se advierten escaparates lujosos, llenos de calzado y otros de vestidos, se advierten otros escaparates donde la gula puede escoger toda especie de manjares; va corriendo el tranvía, y mientras pasan delante de nuestra vista, la entrada de una taberna, donde se emborrachan diez ó doce amigos, vése otra puerta, que es la entrada del hospicio, donde van á parar la mayor parte de las miserias sociales, lo que la sociedad desecha de su seno, y ampara únicamente la caridad, que no resulta buena ni suficiente, como algunos creen; corre el tranvía, y después de pasar por calles donde todas las casas parecen poco menos que palacios, atraviesa otras callejuelas donde las viviendas de los hombres parecen más bien de topos, ó de cualquier animal inferior, como si no debiera tener ni las seguridades ni la higiene que son precisas á nuestros semejantes; corre el tranvía, y después de pasar por entre jardines, entra en plazas desiertas y se pierden de vista, y así todo va cambiando poco á poco, como en un Carnaval extraño, no solamente la vista, sino las ideas, que parece que se enloquecen, y luego se pierde toda claridad, toda fijeza, entre aquella fuga charlatanesca de vanidades, de promesas, de mentiras, de insidias, que producen al mismo tiempo tristeza y compasión.

\*  
\* \*

Entre mis apuntes, encuentro un cambio general en el estado psicológico de los tranvías.

«Habiendo sucedido á una semana de chubas-

cos, un tiempo sereno y fijo, al calor tórrido y seco, sucedió también una sobreexcitación nerviosa, que hace que la discusión sea más viva, la mímica más violenta, la galantería más atrevida, y hace, por fin, que las gentes, cuando empiezan á discutir un poco, parece que vayan á concluir mal, á juzgar por lo que se acaloran.»

Uno de los más excitados en aquellos días era Carlín, á quien encontré una mañana en una jardinera de las afueras, con el rostro encendido y echada hacia atrás la gorra. Cuando subí, tronaba contra el Imperio Otomano: la noticia de los combates habidos en Macedonia y de la victoria de los turcos, había hecho nacer en su pecho el odio belicoso contra los musulmanes, y vomitaba injurias de muerte contra ellos, mostrando los puños á los que él creía ser de Oriente. Pero en el momento cambió de tema y tendió los puños hacia la parte opuesta de la Suiza, porque supo que en Zurich habían atropellado á algunos operarios italianos, y afirmaba que debían mandarse cien mil hombres, con los alpinos á la cabeza, contra aquellos indecentes que se habían atrevido contra nosotros—*nosotros*, decía golpeándose el pecho; *nosotros*, repetía, amenazando siempre con el puño.

Luego se tranquilizó algún tanto, hablando de la idea del Comisario civil de Sicilia, aunque para él era cosa «mal hecha y despótica darle atribuciones como se le habían dado». Decía esto sin tener la más vaga idea de las condiciones de la isla, por un puro sentimiento atávico que idolatra por la complacencia que se le daba el pensamiento de cualquier fuerza que venciera y comprimiese á otra fuerza de lo que él consideraba de justicia y de derecho. Por fin llegó á una conclusión profunda: todo el mundo andaba de trance, todo eran miserias y desdichas; los úni-

cos felices eran los que se dedicaban á hacer el amor.

—«Nada como el amor»—decía con una sonrisa que dió á su rostro una expresión desconocida para mí.—Tener una mujer que os quiera, vivir dulcemente con ella, estar siempre á su lado, siempre de buen humor y de acuerdo, como si nos hubiese casado Nuestro Señor en persona...

Y al decir esto miraba hacia adelante, y siguiendo yo la dirección de su mirada, vi entre los tres bancos de delante los dos pequeños esposos del arrabal de San Donato, que no había visto desde aquel día en la carrera de Casale.

Pude verla perfectamente á ella, porque estaba sentada un poco de lado, con el rostro vuelto hacia atrás, admirando tres espléndidos muchachos rubios, con los vestidos blancos, el más pequeño de los cuales estaba sobre las rodillas de una nodriza engalanada. La gestación, avanzada, había arrugado más aquel rostro, á quien la naturaleza había negado toda gracia femenil y hasta la frescura de la juventud; pero resplandecía, en cambio, sobre sus facciones, la dulcísima savia del sentimiento de la maternidad, que en cada muchacho hace ver á la esposa un hermano de la criatura que espera, y establecer comparaciones amorosas entre aquel que ve y la imagen que anhela. Y este pensamiento llenaba de bondad sus ojos, cuando los fijaba en el más pequeño de los tres chiquillos, el cual la miraba á su vez y sonreía. Ciertamente, mirando al pequeño, hablaba al suyo.

—No será un pequeñuelo como éste—decía,—tu madre es pobre y no te podrá vestir nunca de esta manera; pero en cambio será tu nodriza, no dormirás nunca sobre senos mercenarios y siempre sobre el suyo, tendrás tantos cuidados, tantos amores, tantas caricias, como el hijo de un

príncipe pueda tenerlos, y si no eres tan bello, si no eres tan robusto como éste, yo por lo menos te amaré mucho, y seré feliz teniéndote sobre mis rodillas, y teniéndote de esta manera diré al mundo entero que eres mi hijo, y te consagraré todas mis fuerzas y mi alma para que seas un hombre, bueno y fuerte, como lo fué mi padre y como lo es mi esposo.

Era tan afectuosa y clara su mirada, que la nodriza, al verla, adivinando su pensamiento, levantó un poco al muchacho y le acercó. Entonces ella alargó con rapidez la cabeza y le besó por tres veces ávidamente con los ojos radiantes de ternura y de gratitud...

\*  
\* \*

Crece los calores, el sol derrite los cráneos, los cerebros parece que hierven y los cocheros, con los rostros encendidos y los rostros sudorosos, gesticulan entre las nubes de polvo, como oradores en la tribuna, incitando con gritos estridentes de beduinos á los caballos que no pueden con su alma. En la línea de Vanchiglia me encuentro sentado junto á uno de los cocheros

*Carrozza di tutti.*—Tomo II—3

que habla con un amigo, de pie á su lado, moviendo la mano á cada palabra, como si reparatiese bendiciones continuas á los árboles y á las casas. A las primeras palabras noté que no solamente sentía el calor en su rostro, sino que también excitaba su fogosidad, y apenas oigo algunas palabras de su discurso, reconozco en él al pobre cochero á quien tocó la desgracia de matar un muchacho en la calle Veinte de Septiembre.

No tenía la embriaguez alegre de siempre: parecía que recordara con tristeza la imágen de su pobre hija enferma desde aquel día nefasto, siempre metida allá en el fondo del lecho, con los ojos hundidos y las manos de color de cera, que se obstinaba diez veces al día en hacer olvidar á su padre sus tristes pensamientos en tanto que le decía:

—No puedo... no puedo más...

En tanto que hablaba, su mano expresaba el dolor con un movimiento trágico.

El amigo le consolaba en vano: él rehusaba los consuelos con movimientos negativos de la cabeza y dando al freno violentas sacudidas. El rumor de una locomotora apagaba por algunos instantes su voz; cuando le oí de nuevo había cambiado el tema de su discurso y era más rápida y viva su palabra. Contaba que un día al llegar á su casa había encontrado sobre la mesa de noche de su hijita un ramo de flores, un plato de pescado, un frasco de extracto de carne de Liebig y una botella de Marsala.

¿Quién había llevado todo aquello?

*Ella*, la señora, no había que preguntarlo. El cuarto que había dejado revuelto y de cualquier manera, como se encontraba desde hacía varios días con todos los trastos por enmedio, estaba arreglado y limpio como cuando la pequeñuela

estaba buena. Parecía la habitación una capilla en día de fiesta.

—¿Quién había hecho aquello?

Indudablemente no era la portera, que después de acercarse por la mañana hasta la puerta y dar una ojeada, huía como una endemoniada escalera abajo por temor al contagio.

¡Había sido *ella*! Entró una mañana á visitar á su hijilla, y viendo aquel desorden, dijo:

—No quiero que mi pobre enfermita esté entre estos trastos que parecen los de una casa de locos.

Y de prisa y corriendo, sin entretenerse en quitarse siquiera el sombrero y sin cuidarse de que pudiera arrugarse ó manchar su falda, lo había puesto todo en su sitio.

—*Ella*, con sus propias manos, como si fuera una criada cualquiera, se había cuidado de arreglar su cuarto como pudiera hacerlo una Hermana de la Caridad. Y en el momento de salir la había dicho:

—Di á tu padre que no quiero que beba. ¿Oyes? Acuérdate.

Al llegar á este punto el cochero, brillaron sus ojos, y prorrumpió en una exclamación apasionada.

—¡Ah, no! ¡no hay otra como *ella*! ¡no hay otra señora tan santa como *ella* en toda la comarca! Y porque el amigo, sonriendo, le hizo señas de que callara, excitóse más, y dando con el puño sobre la barandilla, como irritado por una contradicción:

—Sí, es una santa señora, es un ángel, es la donna en cuerpo y en alma y quiero gritarlo ante Turín entero, ¿lo entiendes?

Después de escuchar una nueva exhortación de su amigo para que callara, volvióse á dominar el

sentimiento de su gratitud en grado máximo, y dijo:

—Sí; de buena gana me haría yo matar por esa señora, me dejaría destrozar, cortar en pedazos. ¡Oh! cuán buena es esa señora, cuánto amor, cuánta alegría esparce por donde quiera que va y qué alma tan santa es la suya.

Y se besaba el dorso de la mano, y de nuevo empezaba una letanía en alabanza de doña Quijotina. Cuando bajé y me volví para mirarle, le vi todavía con el rostro encendido, la boca abierta como ensalzando las virtudes de doña Quijotina, moviendo la cabeza á cada palabra como si apoyase sus dichos laudatorios, y agitando la fusta á diestro y siniestro como para abrir paso á la plenitud de su pasión.

\*  
\* \*

Sí, todos estos exaltados y otros como Tintura Mignone, para éstos como para los otros, parece que el calor, el polvo y el tedio del tiempo les hace descubrir nueva clase de personas, entre las cuales pueden desfogar su propio mal humor sin peligro alguno. Hay quien empieza á pelearse con el cochero porque el termómetro ha

llegado á 30 grados á la sombra; quien riñe con el cobrador porque el municipio no hace regar bastante las calles, y hay por fin quien pretende que el revisor debe ordenar que se acelere la marcha de los coches, para que, corriendo más, corra también más el aire. Vi el castigo de uno de esos tipos en la calle Reina Margarita, la tarde del domingo último del mes de Julio. Un joven muy elegante, con ademán resuelto, bajó del tranvía hecho una furia después de pelear con el cobrador, y en el momento de saltar del carruaje, dijo en voz alta, para que lo oyéramos todos:

—Voy á quejarme á la dirección.

Un obrero que estaba al lado mío, al oír aquellas palabras y con voz clara y mirando al joven, dijo:

—La dirección está ahí.

Y señaló la fachada de una casa sobre una de cuyas puertas se veía un letrero que indicaba que aquel era el domicilio social de la «Compañía Belga».

El pasajero quedó un momento pensativo, miró hacia donde le había indicado el obrero, y se comprendió que no tenía intención de cumplir su amenaza por cuanto dió media vuelta y tomó una dirección contraria de la que con tanta resolución había tomado al bajar del carruaje. Todos los pasajeros que habían contemplado aquella maniobra soltaron una carcajada, y el joven se marchó más corrido que si le hubiesen dado una tunda de palos.

—Podía haberme dado las gracias por mi indicación—observó plácidamente el obrero sin sonreír.

Era el latonero socialista, «el eterno» razonador que iba á uno de los suburbios para dar una conferencia, llevando bajo el brazo uno de los re-

gistros donde había extractos de diarios y noticias, y tenía al lado suyo un compañero, serio y taciturno como él, cerrajero, de bastante edad, con el pelo gris, amigo suyo y admirador, que solía acompañarle en aquellas jornadas ni más ni menos que si fuera un secretario particular.

Era también un personaje verdaderamente extraño éste, que había encontrado ya varias veces, entrado en el socialismo, no por falta de razonamientos propios, sino por la fe ciega que le inspiraba la razón del otro, cuya cultura rápidamente adquirida y su progreso intelectual, continuamente le parecía un verdadero milagro, más eficaz que ningún otro argumento y que mejor demostraba la justicia de la causa que todos los otros razonamientos que se hubiesen podido hacer. El progreso del hojalatero era continuo verdaderamente: bastó un breve discurso suyo que oí, para probarme que durante los dos meses que no le había visto, su mente se había ensanchado con nuevas ideas y su palabra era más fácil y precisa. Quedé maravillado al oír comentar las pasadas elecciones de diputados en Bélgica, comparándolas con las que se habían celebrado dos años antes, explicando las razones que habían producido el casi aniquilamiento del partido liberal, justificando la alianza de los socialistas con los radicales, la cual se había hecho primeramente sin ninguna concesión peligrosa á su independencia para lo porvenir, y explicando que si no hubiese existido la pluralidad de votos, si todos los partidos hubiesen ido á luchar con armas iguales, no del clerical, sino del socialista hubiese sido la victoria. Pero á fuer de hombre práctico que era, no iba á hablar precisamente de eso á su auditorio; iba á persuadirlos de la necesidad de crear una asociación cooperativa con argumen-

tos sacados de su condición y necesidades particulares, que conocía perfectamente, como conocía las necesidades y condiciones de cada suburbio ó aldea comercial, industrial ó agrícola en que debiese hablar. A cada uno de ellos llegaba con una gran copia de observaciones, notas y cifras recogidas pacientemente en las publicaciones, estadísticas y otras oídas en discursos y conversaciones con gentes cultas y hasta quizá de otros partidos. Y en tanto que departíamos, aprovechaba la ocasión para darme á conocer el plan de su conferencia con aquella sencillez modesta de lenguaje y entonación que producía el milagro de sofocar en sus iguales todos los celos que pudiera despertar su autoridad, y todas las envidias que pudiera citar su preeminencia intelectual. Observaba yo á su viejo compañero, atento por completo á sus palabras. Nos miraba tan pronto á él como á mí, con una expresión de viva complacencia de amigo, y una altivez de colega; una mezcla que no podía explicar, de amor paternal y de humilde adhesión, tanto más conmovedora cuanto que era visible que su cerebro entorpecido por el desuso, abierto demasiado tarde á aquella nueva luz de ideas, no las comprendía sino por intuición.

Movido de mi curiosidad, traté de hacerle hablar y lo logré; terció voluntariamente en la conversación con una vivacidad que me admiró, pero apartándose en seguida del argumento con frases indeterminadas y extrañas que llamaron grandemente mi atención, reconocí al momento el caso aquel indicado por Vogüé, de una de aquellas doctrinas que siguiendo la ley de la evolución de las ideas, bajan desde la mente inteligente que las concibe, hasta las gentes sencillas é incultas, se deforman, ó por mejor decir, se contraen y

cristalizan en un pequeño resíduo tenaz, equivalente cuasi á una fuerza de instinto que hubiese nacido en ellos. En mi nuevo interlocutor reconocí en seguida la doctrina de Renan en el «Porvenir de las ciencias» reducida á esta sola idea sencillísima: que gracias al progreso indefinido de las ciencias y en particular de la mecánica, el hombre puede llegar un día á proveerse tan abundantemente y con tan poca fatiga de todo lo que desee, de todas las miserias, de todas las injusticias, de todas las luchas sociales llegando al fin, como le tienen las tempestades al cesar el viento. Yo no sé por qué vías bajó, por qué tragaluz entró en aquella mente, como un rayo de luz en una gruta, la idea única en la cual él tenía fe absoluta, inmóvil, invencible y que era el tema de todos los discursos y la fuente de otras cien ideas en embrión, que no podía expresar por falta de palabras: una cosa que no sabía decir ni él mismo.

De su idea principal no podía yo apenas darme cuenta, cuando por una brusca transición empezó á hablar de los tranvías eléctricos y partiendo de este punto, saltando de repente en alas de la fantasía, de uno á otro asunto, seguía hablando sin parar mientes en la sonrisa de compasión con que su amigo le escuchaba.

Decíanos que veía las calles recorridas por toda suerte de «automóviles» ligeros como moscas en el aire, los muchachos llevados á la escuela, los operarios al taller, las mujeres al mercado, todas las cosas transportadas al vuelo, la distancia desaparecida, la fatiga suprimida, un ahorro enorme de tiempo y de fuerza, la vida ágil y fácil en todas sus formas, todo rápido como un relámpago; y mientras hablaba, agitaba continuamente las manos, como para indicar una cosa

que aparece y desaparece. Todavía estaba excitado por la visión que tenía ante sus ojos, cuando bajó con su amigo en la plaza de Víctor Manuel para tomar el tranvía de vapor de Moncalieri, y lejanos de mí, movía aún la mano con aquella viveza que resumía toda su doctrina y su esperanza toda.

\*  
\* \*

Aquí, durante la última fecha del mes de Junio, encuentro unas líneas que me recuerdan una tarde sofocante en que el tranvía corre bajo los árboles no movidos por un solo hálito, en medio de transeuntes que se dan aire con los sombreros, mostrando á los rayos de los faroles la frente luciente de sudor, entre dos filas de casas altas á cuyas ventanas y terrazas acude sofocada la gente que mira al cielo y á la montaña lejana, con la cabeza vuelta hacia atrás y la boca abierta como si gritase:

—¡Aire! ¡Aire! ¡Aire!

Y también ¡aire! grito yo bebiendo con avidez un poco de fresco que me manda al rostro el abanico de una señora vecina mía. Pero al pasar

31038

por las largas vías populares donde pululan muchachos descalzos, revolcándose por el suelo, que suben á los estribos, que se remedian con los desperdicios y basuras arrojadas á la calle, con el rostro y cuello sucios por las señales que deja tanta porquería, tocada con los brazos y piernas, negros hasta el codo y las rodillas, otro grito llega á mis labios. Aire, sí; pero agua también. Agua, sí; pero también escuela, y mucha escuela. Y fijo en mi imaginación unas casas bajas y saneadas, con un pequeño jardín, con mucha agua y con mujeres limpias, que aguardan á un esposo aseado. ¡Cuántas enfermedades, cuántas infecciones, cuántos malos gérmenes no derivan de un estado tal de suciedad! ¿De quién es la culpa? Ciertamente que la incuria es muy culpable, pero más lo es la miseria, la ignorancia, la escasez del tiempo, de espacio, de comodidades, falta de dignidad y amor propio de lo que todo aquello se deriva. Y entonces... entonces no encuentro más medio para confortarme que la doctrina del viejo cerrajero: La ciencia es la máquina que nos mueve, la producción multiplicada por el perfeccionamiento del progreso y trabajo universal, y el trabajo abreviado de manera que para todos gane tiempo, fuerza y libertad para dedicarse al cuidado del cuerpo y cultura del espíritu. Mientras siento y me digo estas cosas, advierto el rostro y la mano temblorosa con que el cobrador enciende los faroles del tranvía, y veo después un rostro turbado y melancólico que me parece reconocer. Es él, indudablemente: es el pobre cobrador que después de haber sido mortalmente herido por unos pasajeros desconocidos, contra los cuales la Sociedad se ha mostrado parte en la causa, tiembla siempre cuando llega al anochecer, por el temor de una venganza, y entonces me imagino la escena

salvaje. Pienso en aquellos desconocidos que no provocados, por un instinto de maldad, han puesto en peligro de muerte y dejado enfermo para siempre á un infeliz, honesto y bueno, y volviendo á mi ideal de miserias é ignorancias suprimidas me pregunto:

—¿Y la maldad humana, podrá suprimirse?

Esta pregunta, á la que no puedo contestar, me deja triste y pensativo, por un momento solo. Recuerdo de nuevo al latonero, pienso en otros muchos que trabajan y piensan como él, que difunden entre el pueblo ideas y sentimientos de justicia, de fraternidad, de piedad para los débiles, de horror contra las violencias, que los educan para la vida intelectual, para la dignidad de clases, aptos para la fe en la fuerza de las ideas y progreso de la civilización; y mis esperanzas vuelven á resurgir, una después de otra, como las luces que brillan y desaparecen á lo largo de la calle.